

políticas... Además, la dificultad se amplifica si consideramos que los hombres no asumen en la misma medida sus responsabilidades en el ámbito doméstico.

Las teorías feministas vienen permitiendo un marco de análisis que intenta eliminar las limitaciones políticas y culturales, a la plena incorporación de las mujeres a todos los ámbitos de la sociedad. Entre tanto, es en la vida social cotidiana donde las conquistas han sido más visibles, aunque hay que señalar que más en lo público que en lo privado. Las posibilidades reales de inserción en el mercado laboral, los logros en la vida académica y profesional para millones de mujeres, han tenido un efecto demostrativo y multiplicador que viene cuestionando las bases de las tipificaciones de género tradicionales fundamentadas en los estereotipos.

Sin embargo, en el medio rural, estas transformaciones sociales han sido mucho más lentas y tardías que las experimentadas por las mujeres en las ciudades. Las mujeres rurales se vieron limitadas a las identidades encontradas durante mucho más tiempo. Así, la vía de la emigración se ha constituido en un atajo para ampliar las posibilidades de conquistas y cambios en la vida cotidiana, accediendo al mismo nivel que las mujeres urbanas. En una expresión muy ilustrativa, Whatmore (1991) afirma que las mujeres han “**votado con los pies**”, al utilizar la huida del medio rural como estrategia de cambio y al socializar a sus hijos, y sobre todo las hijas, para el desarraigo. Analizaremos, en el próximo apartado, las cuestiones específicas de género en el medio rural, intentando comprender los factores psicosociales implicados en esta “elección”.

4. TRANSFORMACIONES EN EL PAPEL DE LAS MUJERES EN EL MEDIO RURAL

4.1. La industrialización de la agricultura y la división sexual del trabajo agrario

La modernización de la agricultura y su integración en el mercado internacional, ha llevado a una transformación radical en los modos de producción tradicionales, en los cuales las mujeres tenían una *participación activa*. El modelo de producción mayoritario ha pasado a una agricultura

intensiva, más acorde con los modelos industriales y empresariales modernos. En este proceso de transformación se ha producido una apropiación masculina de la producción agraria, así como una revalorización del sector, con mayores cotas de poder y reconocimiento social y económico. Paralelamente, se ha producido la exclusión de las mujeres del sector productivo agrario y su reclusión al ámbito doméstico y a las funciones reproductivas, sin valoraciones sociales y económicas, aumentando su invisibilidad y su dependencia económica de los varones. Además, la pérdida de funciones sociales conlleva a una laguna en aspectos de constitución de la propia identidad social y personal, hasta entonces con un fuerte anclaje en las actividades de producción agroganadera.

Las mujeres, en los sistemas tradicionales de producción agraria habían tenido un papel activo en las labores productivas. Mientras las labores exigían gran cantidad de mano, las mujeres manejaban perfectamente la azada, la guadaña y el rastrillo. Con la modernización de la agricultura y su mecanización, que ha simplificado mucho el trabajo en el campo, las mujeres pasan a ocuparse del huerto para el autoabastecimiento del hogar, como extensión del trabajo doméstico. Los hombres se ocuparán de la producción destinada al comercio, transformando la actividad productiva en ingreso financiero y obteniendo reconocimiento social y mayor poder. Este proceso ha marcado las pautas de disociación entre “el **espacio de lo productivo** (conectado con el mercado, y por tanto fuente de poder, prestigio, autonomía, de existencia social en fin) y el **espacio reproductivo** (espacio del trabajo no mercantil, gratuito, inmensurable al no ser intercambiado, sin existencia social)” (Sampedro, 1996, p. 27).

Sin embargo, las mujeres asumen con exclusividad las tareas del espacio reproductivo, pero sin abandonar las tareas productivas y quedan relegadas al calificativo de “ayuda familiar agraria” en el campo de la producción, sin protagonismo social, pero como mano de obra invisible. Un estudio realizado por Vera y Rivera (1999) en España revela que un porcentaje muy alto de las mujeres (70,6 %), en cuyos hogares hay empresas agroganaderas, trabaja o ayuda en las labores de las mismas. Sin embargo, un porcentaje mucho menor de ellas (41%) participa en la toma de decisiones en la explotación. En este estudio, que investiga sobre la contribución invisible de las mujeres a la economía en el medio rural, se afirma que: “aunque la proporción de mujeres jóvenes de 16 a 24 años es menor que entre las mayores de 35 a 64 años, no obsta para que “echen

una mano” igual unas que otras. Ni siquiera el que haya hijos conviviendo en el hogar parece ser relevante respecto a no trabajar o no ayudar; diríase que, cuando hay un negocio familiar, las mujeres trabajan en él, sin distinción por subgrupos o segmentos de edad” (Vera y Rivera, 1999, p. 166).

Las mujeres que se ocupan de la ‘ayuda familiar’ en las explotaciones agro-ganaderas, ven cómo su actividad es asumida como una prolongación de las tareas domésticas, sin un reconocimiento como actividad laboral y productiva. El trabajo doméstico tiene una serie de ambigüedades que le hacen particularmente proclive a la invisibilidad y a la poca consideración social. No tiene una duración temporal, sino que se dilata indefinidamente durante todo el día y todos los días del año. Al no ser un trabajo remunerado, no hay una valoración cuantificable del cansancio, dedicación, esfuerzo y habilidades que conlleva. En el mismo sentido no admite ni bajas, ni despidos, ni tiene vacaciones, etc.

“La frontera entre el tiempo de ocio y el trabajo o descanso es, a veces, difícil de trazar para las amas de casa. El tiempo de descanso, e incluso de sueño, es con frecuencia tiempo de relativa vigilancia, sujeto a interrupciones y disminuciones en las familias con hijos pequeños o enfermos. Las festividades laborales no traen consigo disminución del número de horas trabajadas, sino que, a menudo, repercuten en un mayor trabajo doméstico por la presencia de los demás familiares en el hogar. Las vacaciones, que sólo disfruta parte de la población ocupada, también se convierten frecuentemente en épocas de considerable agobio doméstico para las amas de casa, que han de atender a un mayor número de servicios personales para su familia, con menos ayuda de servicios parafamiliares (colegios sobre todo) y utillaje doméstico (durante los desplazamientos). Finalmente, tampoco existe, en la mayoría de los casos, jubilaciones o retiros para las amas de casa, que les permitan disfrutar de un largo período sin obligaciones productivas, al alcanzar la edad reglamentaria (sesenta y cinco años, generalmente)” (Durán, 1987, p. 305).

Para las amas de casa, todas las actividades diarias se relacionan con lo doméstico, no se les reconoce desde el exterior otro tipo de necesidades, otros espacios o posibilidades de gestionar su tiempo, al margen de la familia y del hogar. Esto desemboca en situaciones dramáticas de aislamiento y soledad (Intxaurreaga; Iturritxa y Salazar,

1994). Incluso las labores en la explotación agraria son incorporadas a la rutina doméstica como una tarea más en el mantenimiento del hogar.

En la distribución de los papeles funcionales dentro de la familia y en la sostenibilidad del sistema productivo, las mujeres siempre han jugado un papel fundamental. Sin embargo, es un papel minusvalorado social y económicamente que se basa en las relaciones de poder entre géneros y en la división sexual del trabajo. Sampredo (1996) indica las *trampas que entrecruzan las cuestiones de género con las transformaciones del medio rural*, donde la organización familiar tiene un papel estructurador de la sociedad y de los sistemas productivos. La modernización de la agricultura convierte un espacio de producción familiar integral en un espacio de producción empresarial, entrando en los mercados de producción y de consumo capitalistas. Las relaciones de producción se transforman: hay una división funcional de las responsabilidades y de los papeles en los procesos de producción y en la titularidad de los medios de producción.

“La explotación familiar agrícola, adopta, en efecto, la forma de una empresa en la que uno de los miembros de la familia –designado como “jefe de explotación”– detenta el patrimonio familiar –ahora convertido en medio de producción– mientras el resto –con la categoría de “ayudas familiares”– aportan su trabajo gratuito. La esfera de la producción y de la reproducción tiende a disociarse, al menos en lo que a percepción social, derechos patrimoniales y jurídicos se refiere, categorizándose automáticamente, la primera como dominio masculino, y la segunda como ámbito femenino. El trabajo de la mujer, independientemente de su contenido concreto, se considera perteneciente al orden de lo doméstico, y consecuentemente su estatus social y profesional tiende a percibirse como derivado de su condición familiar –de esposa o hija de agricultor – y no de su papel o cualificación laboral” (Sampredo, 1996, p. 76).

Esto pone de relieve la importancia del papel de las mujeres en las explotaciones agrarias, que se basa en la dinámica familiar, como condicionante del futuro del sistema productivo, en buena parte del medio rural. Esta autora relaciona la fuga de mujeres del sector agrario con el rechazo a esta condición de “ayuda familiar agraria”, en el que las mujeres tienen un papel de trabajadoras invisibles y los hombres son los trabajadores reconocidos y reconocibles en las explotaciones familiares.

4.2. Estrategias femeninas de huida del medio rural

Las mujeres han utilizado estrategias claras para huir del medio rural y del papel tradicional que se les ha adjudicado. Utilizando la escolarización como herramienta fundamental para el cambio, fueron las madres las responsables de socializar a los hijos, y sobre todo a las hijas, para marcharse del pueblo. Los estudios sirvieron, y siguen sirviendo, de palanca para la independencia económica y el rechazo del estilo de vida agrario. Las madres han materializado sus aspiraciones de tener otro estilo de vida a través de sus propias hijas, priorizando los estudios de las hijas en detrimento de la participación en la actividad productiva agraria familiar. La vinculación de las hijas con las ciudades se ha dado principalmente a través de las instituciones educativas. Era prioritario tener una carrera para no tener que quedarse en el pueblo.

Este fenómeno ha sido estudiado por Díaz Méndez y Díaz Martínez (1995), analizando las trayectorias escolares de los hijos e hijas de ganaderos en Asturias. Las autoras han observado una clara diferenciación de género, marcada por una mayor presencia de las jóvenes rurales en la enseñanza superior. Las investigadoras identificaron, en las familias estudiadas, un vínculo muy estrecho entre las representaciones que tienen las madres de la “mujer de ganadero” y la orientación académica de las hijas. “Las madres, conocedoras de sus limitaciones como transmisoras de un modelo de mujer que no es el que ellas representan, optan por empujar a sus hijas hacia otras agencias socializadoras que les garanticen el aprendizaje de modelos femeninos urbanos. Hacen esto con un claro objetivo: alejarlas del destino al que por su origen están orientadas” (Díaz Méndez y Díaz Martínez, 1995, p. 208).

Podemos percibir claramente la manifestación de las *identidades encontradas* (Camps, 1998; García Colmenares, 2000), concepto que hemos desarrollado anteriormente, como el repertorio de posibilidades de desarrollo personal marcado por los estereotipos de género, que en este contexto sociocultural limita a las mujeres a los papeles sociales tradicionales de amas de casa, madres y ayudantes de los maridos en las explotaciones agrarias. Así mismo, el intento de las madres de que las hijas estudien y se marchen del pueblo está ligado a la construcción de las *identidades elegidas* (Camps, 1998), considerando los condicionantes económicos y sociales que

limitan las elecciones, pero abriendo posibilidades de nuevos papeles sociales y profesionales.

Las madres consideran que los estudios de las hijas son fundamentales para la independencia, como mínimo les abre más posibilidades para un matrimonio considerado mejor. Los matrimonios con ganaderos son mal vistos y considerados como un destino del que hay que ‘salvarlas’. También saben que la escuela va a transformar a sus hijas en mujeres urbanas, socializándolas para la vida en las ciudades. Muchos autores y autoras apuntan a los estudios como la vía de escape para las mujeres del medio rural, considerado como un entorno socioeconómico adverso a la mujer (Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos, 1991; Díaz Méndez y Díaz Martínez, 1995; García Ramón, 1990; Sampedro, 1996; Navarro, 1999).

En coherencia con esta estrategia, la continuidad de la explotación familiar será responsabilidad de los varones. Normalmente, en las pequeñas explotaciones, esta responsabilidad recae sobre uno o dos de los hijos varones y los demás, o se marchan también a las ciudades, o se emplean en el pueblo, o los alrededores. Las pequeñas explotaciones no pueden garantizar el mantenimiento económico de todos los hijos y sus respectivas familias, así las familias tienden a preparar a uno de los miembros varones para el relevo, garantizando el sustento de los padres y de las hermanas que no encuentren alternativas en las ciudades. Según Díaz Méndez y Díaz Martínez (1995), todos los miembros de la familia suelen aceptar y apoyar las *estrategias educativas* de las madres para ‘urbanizar’ a las jóvenes, y además se fomenta con el progresivo alejamiento de las hijas de las tareas agrarias y ganaderas, provocando una socialización diferenciada para el desarraigo cultural y territorial.

“Las madres, antes que las hijas, se han rebelado, y lo han hecho a través de la única vía permitida en un medio familiar y social en el que ocupan una posición de subordinación: a través del ‘manejo’ del futuro de sus hijas. Su rebeldía ha dado fruto, la marcha de sus hijas es un viaje sin retorno” (Díaz Méndez y Díaz Martínez, 1995, p. 216). Sin embargo, el éxito en esta estrategia de fuga del medio rural ha generado por otro lado la soltería en los varones que se han quedado. Se han marchado las hijas, pero a la vez, las futuras nueras. El relevo generacional en el medio rural, hoy día, es ya inviabile.